

«Pero, a la vez, se nos va el tiempo esperando no se sabe qué. Siempre nos parece que el momento que vivimos, éste, precisamente éste, es un período transitorio de la vida: como si al final de cada etapa hubiera uno definitivo, que no existe. Porque, como un horizonte, la sensación de transitoriedad sigue guardando la misma distancia siempre. Ciertamente que si en algún momento dejamos de sentirnos en tránsito es que gozamos de un momento de plenitud, y éstos, ya se sabe, son más bien escasos. Sin embargo, si repaso mi vida hacia atrás, me veo siempre esperando, esperando Dios sabe qué, y no sólo en períodos o fases de mi existencia, más o menos largos, sino día a día, y hora por hora. Las horas de la mañana parece que las vivimos esperando la tarde y la noche, y el lunes parece que esperamos el martes y el miércoles.

No se trata de que esperamos el logro de una meta definida: conseguir un puesto, acabar un trabajo, llegar a una vacación o a un fin de semana, terminar el bachillerato o la carrera. Estos fines u otros cualesquiera le confieren ciertamente transitoriedad al tiempo intermedio. Es un mecanismo humano usual y explicable. Pero yo me quiero referir a esa sensación de precariedad vivida de ordinario, sin que sea explícita ni definida la meta hacia la que transitamos y que confiere ese aire como de provisionalidad al vivir cotidiano. Interinidad que vamos empujando continuamente delante de nosotros, sin que nos abandone nunca salvo, si acaso, en aquellos fugaces momentos de plenitud.»